

IDENTIDAD Y COMUNICACIÓN: IDENTIDAD COMO ESTRUCTURA DE SENTIDOS (1)

Martín Emilio Porta

*Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires –
Sede Olavarría (Argentina)*

martinemilioporta@yahoo.com.ar / mporta@soc.unicen.edu.ar

Resumen

Pensar los procesos de conformación de las identidades es pensar construcciones inacabadas de lo que “se es” en tanto “quién se es”, en continua transformación y repregunta sobre sí mismo y los otros, sobre sí mismo y el contexto. No hay constitución identitaria en abstracto o libre de interrelaciones. Por ende, indagar sobre estas identidades, es indagar sobre las representaciones que las sostienen y las prácticas sociales en las que se constituyen, relaciones con saberes disciplinarios y con “saberes hacer”. Identidad que articula dimensiones de uno mismo, analíticamente separables, pero presentes como un complejo en la práctica. Estructura de sentidos que nos comunican con los otros en la interacción cotidiana.

Palabras clave: Identidades – comunicación - sentidos

A modo de introducción podemos decir que el objetivo de este trabajo es sistematizar y ordenar un recorrido de lecturas y aportes respecto a una posible definición de identidad. Dado que las distintas lecturas realizadas hasta el momento, y de las cuales se intenta dar cuenta a modo de síntesis, brindan diferentes enfoques teóricos sobre la identidad, parece importante, comenzar a pensar en una posible definición alternativa, que dé cuenta de este recorrido pero también de la posición personal al respecto. Por ello, se parte de centrar la mirada en los aportes históricos hechos a lo largo del desarrollo de las Ciencias Sociales, se analizan nuevas conceptualizaciones, para, finalmente, poder concluir el trabajo con algunas precisiones que den cuenta de los aportes y de las reflexiones personales.

Las identidades: algunas conceptualizaciones desde las Ciencias Sociales

Pensar la identidad implica situarse en la problemática del sujeto, de su accionar y su decir/se social. Y esto marca distintas dimensiones de lo social que surgen del entrecruzamiento de lo individual y lo social, esto es, del aporte personal con lo externo estructural. “Ya que la sociedad existe como realidad tanto objetiva como subjetiva, cualquier comprensión teórica adecuada de ella debe abarcar ambos aspectos. (...) estos aspectos reciben su justo reconocimiento si la sociedad se entiende en términos de un continuo proceso dialéctico compuesto por tres momentos: externalización, objetivación e intenalización. (...) En otras palabras, estar en la sociedad es participar en su dialéctica”, dicen Berger y Luckmann en “La construcción social de la realidad” (1989). Del accionar de los sujetos en el mundo social, “del inmiscuirse” en las instituciones, de modificarlas y modificar/se, hablan estas identidades como construcciones sociales que se está tratando de conceptualizar. Por lo antedicho, es un supuesto de este trabajo, que no hay constitución identitaria en abstracto, idealmente, más allá de la práctica misma. Es en el terreno de lo social donde se constituyen los sujetos como portadores de una identidad que habla de ellos y del contexto institucional en el que se encuentran. Esto es, de la relación entre estructuras sociales y sujeto a partir de la acción social, y, por ende, la articulación, desarticulación, institucionalización o desinstitucionalización de las identidades sociales y personales que hablan de las transformaciones ocurridas actualmente en la estructura social y de su relación con lo personal, de las consecuencias positivas y negativas de dicho cambio. Al decir de Berger y Luckmann, las identidades se forman por procesos sociales, pues las sociedades tienen historias en cuyo curso emergen identidades específicas, pero son historias hechas por hombres que poseen identidades específicas.

En este trabajo, se plantea un cuestionamiento de la identidad desde la búsqueda de definiciones teóricas científicas, dimensión de análisis ésta, distinta de las tipologías identitarias que se engendran en las estructuras sociales históricas de la vida cotidiana, observables y verificables en la experiencia preteórica; ya que como plantean estos autores, la orientación y el comportamiento en la vida cotidiana dependen de esas tipificaciones, lo que significa que los tipos de identidad pueden observarse en la vida cotidiana y pueden ser verificadas –o refutadas- por hombres corrientes dotados de sentido común.

Entonces, pensar la construcción de identidades sociales es pensar las consecuencias sociológicas de las relaciones que se

establecen entre estructura social y acción. Y así mismo, también, se trata de analizar la problemática de la permanencia o cambio a través del tiempo de los “caracteres” que la componen, de la totalidad de ellos o sólo de una parte de los mismos, que algunas corrientes filosóficas han denominado lo accidental por opuesto a lo sustancial.

A lo largo del desarrollo histórico de las Ciencias Sociales se han ido proponiendo distintas conceptualizaciones sobre la identidad. Una de ellas, que ha perdurado por largo tiempo se basa en una definición identitaria centrada en la conformación de un sujeto “entero”, constituido y cerrado, proveniente de una concepción de sujeto cartesiano, con límites y definiciones precisas de sí mismo, autocognoscente y completo. Este planteamiento moderno del sujeto, se lo asocia a la noción de identidad concebida como algo acabado y constituido, que nos define y nos posiciona, y se complementa con algunas concepciones como la noción de rol (definición ésta que no sólo asegura un “quien se es” sino también “que posición se ocupa y qué se hace y espera de ese lugar”). Desde este posicionamiento el sujeto tendría definida una identidad en tanto qué es, y un lugar y actividad concreta a desarrollar. A esta concepción se refiere la crítica cuando habla de unidad integral unificada y originaria, además de permanente en el tiempo e invariante, ahistórica. El peso de la pregunta qué sobre la identidad es más importante que el quién como cuestionamiento.

La irrupción del marxismo primero, y de diferentes enfoques teóricos durante el siglo XX después (entre ellos Foucault y las corrientes posmodernas), junto con las transformaciones ocurridas en las estructuras sociales contemporáneas vienen a poner en cuestionamiento dicha definición. Foucault, como Nietzsche, critica la idea de una esencia o naturaleza humana fija, que los procesos históricos muestran como moldeables institucionalmente, aunque la humanidad no pueda verlo. Foucault es crítico de los intentos tradicionales de aislar un componente nuclear del yo. Desde esta perspectiva, las formas de individualización son históricas y contingentes, por lo tanto, arbitrarias y modificables. En este sentido, la indagación tiene como horizonte la posibilidad de interrogar conjuntos prácticos de experiencias no como límites favorables para el desarrollo de la identidad, la autoconciencia o la autodeterminación, sino como mecanismos de producción de la experiencia de sí.

Actualmente, todas las corrientes teóricas que hablan de la desestructuración de las estructuras sociales que contenían al sujeto, llevan a pensar la necesidad de una constitución identitaria en formación constante, donde la reflexividad y reestructuración a la luz de la experiencia, y de la puesta en relato del “ser” en la historia, se vuelven los elementos inexcusables de dicha conformación. La necesidad de plantear una identidad como cuestionamiento, como pregunta, más que como respuesta acabada y cerrada se puede ver claramente en los aportes del libro de Stella Svampa “Desde Abajo. Las transformaciones de las identidades sociales” (2003). Identidades como cuestionamiento que hablan de los procesos históricos específicos en los que los sujetos se encuentran inmersos, de aquella articulación dialéctica entre subjetividad y realidad social objetiva; identidades en tanto vida como unidad significativa que remite a un proceso reflexivo y autoesclarecedor del sí mismo, en relación con los otros y al contexto. En este sentido, tanto Giddens como Beck analizan el individuo como compulsivamente emancipado, productor y responsable de su propia biografía, por lo cual, la identidad devendría un proyecto reflexivo y autónomo a construir. Dice Svampa, “para Giddens, el rasgo sobresaliente de la modernidad tardía es la reflexividad institucional (apropiación reflexiva del saber a la luz de nuevas informaciones) y la experiencial (el individuo se ve obligado a justificar sus decisiones y opciones vitales, a la vez que la creciente reflexividad carga de nuevas dimensiones el ámbito de la vida privada”. En esta misma línea de reflexión, Scott Lash, considera que los nuevos modelos identitarios deben ser comprendidos desde la óptica de la reflexividad estética o expresiva (en Giddens se trata de una reflexividad cognitiva). Se trata de una comprensión de sí y de la comprensión de prácticas sociales implícitas, haciendo referencia a la posibilidad de cultivar un uso reflexivo de los sistemas estéticos, del cine, la televisión, la poesía, los viajes y la pintura, como medios de autorregulación de la vida cotidiana. Por ello, estos teóricos de la reflexividad como Giddens, Lash y Beck, nos indican un camino hacia la comprensión del proceso de individuación pero siempre centrando la mirada en la reflexividad y en la distribución desigual de la misma.

Identidades e instituciones

Para poder pensar los procesos de construcción de la identidad se debe remitir directamente a ciertas formas de institucionalización, y por lo tanto, de interacción entre sujetos sociales que forman parte de colectivos sociales mayores. En este sentido, dice Romo Beltrán, “debemos tener en cuenta que la creación de la identidad es filtrada por procesos de institucionalización, lo cual permite “significar” a alguien lo que es, tanto en la dimensión social como personal. Dicho proceso de institucionalización es relevante pues no sólo confiere nominación a los sujetos, sino que les impone un lugar y constituye un espacio que favorece, a la vez, una definición frente a los otros”.

Por lo anteriormente dicho, y en términos de esta misma autora, se vuelve necesario pensar la noción de constitución identitaria desde la idea de creación cultural, como la posibilidad con la que cuentan los sujetos sociales para hacer cosas, para otorgar significado en forma particular o general a la sociedad, de nombrar y nombrarse, de reconocer y reconocerse, en fin, de

desconocer y desconocerse. Entendiendo entonces dicha conformación de la identidad, como una construcción inacabada, un continuo que incluye procesos tanto de reconocimiento como de desconocimiento, de ubicación y reubicación, a través de lo cual los sujetos se incluyen en un orden simbólico y en un imaginario institucional.

Desde lo propuesto por Castoriadis (1998) se puede decir que la constitución de la identidad aparece a la vez, marcada por una serie de tensiones entre lo instituido y lo instituyente. A este último plano corresponden las creaciones que los mismos sujetos aportan, en tanto que el primero incluye el conjunto de significados, formas de organización e imaginarios institucionales ya existentes y previos a la interacción de los sujetos en cuestión.

Identities and practice

Esta tensión entre lo instituido y lo instituyente, junto con el supuesto de base que no hay constitución identitaria en abstracto, habla de la relación que puede establecerse entre práctica y construcción de la identidad.

Catherine Bell (1992) refiere la importancia que tiene un concepto como el de práctica para comprender el accionar social de los sujetos: "Como concepto diseñado para representar la unidad sintética de conciencia y ser social dentro de la actividad humana, práctica que pareciera ser una herramienta poderosa con la cual abarcar, o trascender, todas las dicotomías análogas". Bell sugiere cuatro características de la práctica que ayudan a aclarar su significado: 1) es situacional (no puede ser entendida fuera del contexto en el cual ocurre); 2) es estratégica (manipulativa, desafía la lógica intelectualista); 3) se encuentra "enterrada" (2) en un reconocimiento errado de lo que está haciendo, de sus límites y de la relación entre sus medios y sus fines; 4) es capaz de reproducir una visión del orden del poder en el mundo.

La noción de práctica, tal cual la expresa Bell y también Bourdieu, brinda una clave de interpretación para pensar las prácticas en contextos cotidianos, ya que la misma sitúa el análisis en el contexto de acción y plantea una relación entre conciencia y condiciones materiales de existencia, permitiendo acercarse a lo que los sujetos hacen y dicen de sí mismos. Según Gloria Edelstein (1996) "Lo que define a las prácticas –para Bourdieu- no es un conjunto de axiomas claramente determinables, sino la incertidumbre y la vaguedad resultantes del hecho de que tienen por principio no unas reglas conscientes y constantes sino principios prácticos, opacos ellos mismos, sujetos a variación según la lógica de la situación, el punto de vista, casi siempre parcial, que ésta impone (...). Así, los pasos de la lógica práctica raramente son coherentes por entero y raramente incoherentes por entero". En este sentido, la práctica debe ser siempre entendida en conexión directa con la noción de *habitus*, o sea, con los esquemas de percepción y aprehensión del mundo social, que se forman en los procesos de socialización primaria y se mantienen o modifican a lo largo de la socialización secundaria y la permanencia más o menos estable en una posición social.

Ricoeur and narrative identities

El problema en términos identitarios que aborda el autor es el de la identidad narrativa, es decir, de aquella identidad que el sujeto humano alcanza mediante la función narrativa, o sea, según Ricoeur, conocerse consiste en interpretarse a partir del régimen del relato histórico y del relato de ficción. El autor aborda la problemática de la identidad desde la noción de "sí mismo". Identidad proviene de idéntico, y este último tiene dos sentidos: *ídem*, que es sumamente parecido, esto es, inmutable y que no cambia a lo largo del tiempo; e *ipse*, que significa propio y se opone a otro, extraño. Ricoeur va a pensar la identidad como ipseidad.

La reflexión que plantea tiene como base tres ámbitos de reflexión anteriores que los sitúa en: 1) la teoría de la acción, donde el "sí mismo" se presenta como agente, autor de una acción que para él depende de sí mismo; 2) teoría de los actos de habla, donde el sí mismo aparece como hablante, como emisor de enunciados; 3) la teoría de la imputación moral, donde el sí mismo es sujeto responsable. Ricoeur cuestiona la identidad a partir de estas tres instancias de reflexión previas y la repiensa desde la incorporación de la narratividad, en la que aparece la dimensión temporal que había estado ausente anteriormente. La incorporación de la dimensión temporal aparece aquí a partir del concepto de historia de vida, donde a la dimensión temporal de la vida se le incorpora el relato como dimensión lingüística, que a través de la poética del relato, se transforma en historia contada.

Según el autor se trata de pensar la "conexión de una vida" y esto nos lleva necesariamente al equilibrio inestable de permanencia y no permanencia, donde el relato va a aparecer como mediación.

Ricoeur va a analizar la conformación de la identidad de la historia que se forja de la del personaje, esto es la identidad narrativa: la construcción de la identidad dinámica propia de la historia contada. Y una vez analizada la función narrativa en virtud de las reflexiones anteriores en aquellos tres ámbitos a los que ya se hiciera alusión, plantea que la función narrativa aporta un elemento completamente específico que proyecta el análisis del sí mismo en una nueva dirección.

"Ese factor específico se encuentra vinculado al carácter *ficticio* del personaje en el relato literario. El personaje comparte con el relato y con la acción de éste dicho carácter ficticio. Es fruto de la propia definición de la trama como *mímesis* de la acción. Ahora

bien, cuando hablamos de *mímesis*, hablamos al menos de dos cosas: por una parte, de la <fábula> de la acción (se trata de una de las posibles traducciones de *mythos*, junto a la <elaboración de la trama>), que se desarrolla en el espacio de la ficción, y, por otra parte, del modo en que el relato, al imitar de forma creadora la acción efectiva de los hombres, la reinterpreta, la redescubre, como dijimos en *Tiempo y Narración III*, la *refigura*.

Se nos plantea un problema completamente original respecto a lo que hemos abordado hasta ahora: el de la *apropiación* que lleva a cabo el sujeto real –lector, en este caso- de los significados vinculados al héroe ficticio de una acción en sí misma ficticia. ¿Qué refiguración del sí mismo surge de esta apropiación mediante la lectura? Primera reflexión: la refiguración mediante el relato pone de manifiesto un aspecto del conocimiento de sí que supera con mucho el marco del relato. A saber: que el sí mismo no se conoce de un modo inmediato, sino indirectamente, mediante el rodeo de toda clase de signos culturales, que nos llevan a defender que la acción se encuentra simbólicamente mediatizada. (...) La apropiación de la identidad del personaje ficticio que lleva a cabo el lector es el vehículo privilegiado de esa interpretación. Su peculiar aportación consiste, precisamente, en el carácter *figurativo* del personaje, que motiva que el sí mismo, narrativamente interpretado, se ponga de relieve como *yo figurado*, como un *yo que se figura que es tal o cual*.

“Segunda reflexión: ¿cómo se convierte dicho yo, al figurarse que es tal o cual, en un *yo refigurado*? (...) La recepción del relato que lleva a cabo el lector da lugar, precisamente, a toda una variedad de modalidades de *identificación*. ...nos hemos preguntado, desde el comienzo de estas investigaciones, por lo que significa identificar a una persona, identificarse a uno mismo o ser idéntico a uno mismo, y vemos cómo, en el trayecto de la autoidentificación, se interpone la identificación del otro, que resulta real en el relato histórico e irreal en el relato de ficción.

... ¿cómo se puede hablar de una forma auténtica de identificación con un modelo sin asumir la hipótesis de que la figuración de uno mismo a través de la mediación del otro pueda ser un medio auténtico de descubrirse a sí mismo, de que construirse consista, efectivamente, en convertirse en lo que uno es? (3).

Identidad como estructura de sentidos

Este apartado final, sitúa la mirada en las reflexiones personales que se suscitaron a través del recorrido teórico antes explicitado y que, por ello, pretenden ser un aporte mínimo al debate en torno a la noción de identidad. Tal como lo plantea Ricoeur (1999) pensar la identidad como construcción y al sujeto como portador de una identidad se ha traducido en algunas oportunidades, en el ámbito de las Ciencias Sociales así como en la Filosofía, en responder a la pregunta sobre el qué y no sobre quién. Indagar sobre la identidad desde el qué no es lo mismo que sobre el quién, y no sólo eso, sino que esta asociación de preguntas implica abandonar al sujeto en su actividad, definiéndolo no desde su centralidad constitutiva sino por una de sus “consecuencias”. Según Giddens, “en el orden postradical de la modernidad y sobre el trasfondo de las nuevas formas de experiencia mediada, la identidad del yo se convierte en una tarea de manera refleja. El proyecto reflejo del yo, consistente en el mantenimiento de una crónica biográfica coherente, si bien continuamente revisada, se lleva a cabo en el contexto de la elección múltiple filtrada por los sistemas abstractos”.

Desde nuestra perspectiva, pensar la identidad es indagar sobre la construcción de una estructura de sentido multireferencial y multireferenciada. Su conformación está atravesada por una variedad de dimensiones que remiten a “partes” analíticamente diferenciables pero que en la práctica son integrados en un complejo total. Dicha identidad en tanto estructura de sentidos, pensada como creación cultural es continuamente recreada en la interacción con los otros, donde los sentidos se resignifican en un permanente proceso de hacerse y rehacerse a lo largo de una vida. En este sentido, toda identidad remite directamente a la historia de una vida en tanto unidad de sentidos, en tanto mirada al pasado desde el presente como memoria y proyección al futuro en cuanto proyecto. Por ende, es central a esta definición la articulación entre construcción de identidad y tiempo, relación esta que se constituye en historia de un alguien como recorrido “vital”, que remite así mismo a un contexto social concreto de desarrollo. “La reflexividad de la modernidad alcanza el corazón del yo” dice Giddens para situar en nuevos marcos a esta identidad del sujeto en relación con las transformaciones de la modernidad tardía o reciente. “Las transiciones en las vidas individuales han exigido siempre una reorganización psíquica, en las circunstancias de la modernidad, el yo alterado deberá ser explorado y construido como parte de un proceso reflejo para vincular el cambio personal y el social”. En acuerdo con el sociólogo británico, la identidad en la modernidad estará continuamente asistida por un carácter reflejo, o sea, una capacidad reflexiva sobre el hacer y el decir de los sujetos, asociándose así a la constitución de las instituciones modernas.

Ahora bien, decir que la identidad es una estructura de sentido no significa pensar en aquella separación que propugnaba el estructuralismo entre estructura y referente. En este caso, se habla de estructura como conformación de un todo donde se presentan elementos integrados y relacionados entre sí, pero que al mismo tiempo, estos elementos hablan de unas dimensiones necesariamente encadenadas a referentes a los que remiten y por los cuales también son explicadas. Por ello, la identidad es

multireferencial (porque remite su construcción a una variedad de elementos que se constituyen en referencias del sujeto hacia fuera de sí), pero también multireferenciada (ya que, cuando hablamos de construcción y reconstrucción en la práctica, decimos estructura condicionada en su “ser” desde distintos lugares). El mismo carácter dialéctico entre subjetividad y sociedad que asume la construcción social de la realidad, es identificable particularmente en la construcción de la identidad, ya que aquel proceso dialéctico de tres momentos (externalización, objetivación e interiorización) da cuenta de la identidad como constructo subjetivo – social.

Entonces, la identidad es una estructura de sentidos que remite a distintas dimensiones que se articulan como inherentes a la constitución de todo sujeto moderno (como plantea GIDDENS en los marcos de la modernidad reciente) pero también, como parte de especificaciones particulares de los contextos cotidianos y experienciales del sujeto. Entre las dimensiones a analizar, podemos indicar las siguientes:

- “ Dimensión psicológico-madurativa: hablamos de ella cuando nos referimos a los determinantes psicológicos y de constitución del individuo en sus estructuras mentales internas, en su desarrollo evolutivo y de maduración psicológica, y en los mecanismos que utiliza para relacionarse con el medioambiente que lo rodea y con sus otros significantes. “Una descripción de la identidad del yo deberá realizarse a modo de cuadro general de la naturaleza psicológica del individuo” dice Giddens.
- “ Dimensión biológico-física: en ella se integran las características particulares de cada hombre en tanto ser único y distinto, con rasgos físicos y caracteres discernibles, portador de un cuerpo que se identifica con un rostro. La construcción simbólica del cuerpo en la modernidad no sólo es la marca más clara de individuación sino que, podemos profundizar aun más este aspecto de la construcción de las representaciones sociales del cuerpo, si tenemos en cuenta que este cuerpo moderno se individualiza más particularmente a través de un rostro. El rostro es la parte más singular, es la marca de una persona. Andre Le Bretón (1995) dice que “de ahí su uso social en una sociedad en la que el individuo comienza a afirmarse con lentitud. La promoción histórica del individuo señala, paralelamente, la del cuerpo y, especialmente, la del rostro”.
- “ Dimensión de socialización: las dos dimensiones anteriormente explicitadas, y analíticamente diferenciables, se constituyen juntamente con esta tercera, y cobran un carácter más complejo en articulación con las restantes dimensiones. Remite entonces esta dimensión a los procesos de socialización primaria y secundaria de todo sujeto social, proceso de incorporación de normas, valores, conductas, coacciones tradicionales. Significados y sentidos sociales, representaciones y sistemas simbólicos, junto a las relaciones entre sujetos. Dimensión que ejerce una marcada influencia en la constitución identitaria, sobre todo desde la socialización primaria, ya que la misma no es solo cuestión de incorporación de los otros significantes, sino que además esos otros lo son en tanto otros afectivos.
- “ Dimensión afectiva: la presencia y expresión de sentimientos y pasiones, así como la forma en que los sujetos sociales reaccionan ante situaciones varias, nos remite a la constitución identitaria en tanto afectividad. Dimensión que se encuadra en estrecha relación con la conformación psicológico-madurativa y la socialización primaria.
- “ Dimensión profesional: al decir de GIDDENS, la modernidad abre las puertas al sujeto para las elecciones y la toma de decisiones respecto a la orientación de su vida. Como época postradicional, el sujeto “goza” de una capacidad reflexiva propia de las instituciones de la modernidad que le permiten elegir al mismo tiempo que lo sumen en la angustia y la incerteza. Por ello, esta dimensión hablará siempre del recorrido como experto en una materia (no se puede, y esto también como consecuencia del desarrollo moderno, tener el dominio del conocimiento sobre una multiplicidad de saberes), del recorrido profesional e institucional entre pares.
- “ Dimensión cognitiva: constituida por la conformación de imágenes y representaciones sobre el conocimiento del mundo. En ella se articulan las distintas imágenes que el sujeto tiene de sí, de los otros, de su mundo cotidiano y experiencial, de sus recuerdos en tanto pasado hecho memoria, o de su futuro en tanto proyección de sí y de su colectivo como constitución teleológica de la vida.
- “ Dimensión narrativa: la puesta en relato del “ser” en la historia, despliega la posibilidad de articular a través del lenguaje “el quién se es” como historia de una vida en tanto unidad significativa. A través de una mirada hacia el pasado y una reconstrucción reflexiva sobre sí, el sujeto como hombre en sociedad puede dar cuenta de su biografía personal como constructo y articulación de todas las dimensiones anteriormente explicitadas que lo constituyen. Articulación en el lenguaje de la práctica y las representaciones que nos dicen quién es él desde él mismo, como interpretación de sí, pero también como incorporación de discursos de los otros significantes, readaptados y resignificados como interpretación propia.

Esta serie de dimensiones que explicitábamos estarían dando cuenta en su interrelación de un todo complejo del cual, al momento de la investigación, necesariamente se dará prioridad unas por sobre otras. Esta prioridad estará definida por los objetivos de

dicha investigación y por el recorte del objeto de estudio, sin que esto implique el abandono en el olvido de la articulación con las otras “partes” del sujeto. De este modo, no se entenderá este “quién se es” de un “alguien” sino se da cuenta de esta complejidad. Complejidad en la interacción con los otros significantes que se constituye en comunicación a través de sentidos sociales, de un decirse y mostrarse, de un “contarse” en la historia construida de sí.

Notas

(1) El presente trabajo fue realizado en el marco de una profundización teórica y reflexiva sobre el concepto de identidad dentro del Proyecto IFIPRACD (Investigaciones en Formación Inicial y Práctica Docente) de la Facultad de Ciencias Sociales – UNICEN.

(2) Cabe aclarar que, más allá de la cita textual de la autora, se puede decir que esto de “enterrada en un reconocimiento errado de lo que se está haciendo...” se puede plantear en términos de una lectura posible entre otras tantas. En todo caso, se trata de la lectura que los sujetos sociales hacen de su accionar, que será distinta de la del investigador o de la de otros sujetos sociales. En este sentido, como aclaración, valga también el planteamiento que hace Bourdieu al respecto.

(3) La extensión de las citas finales con las que se cierra el apartado se justifican ya que se constituyen en la síntesis con la que Ricoeur concluye sus reflexiones. Parece importante que sea el mismo Ricoeur con sus propias palabras el que cierre la síntesis de su pensamiento que se intenta en este texto ya que sólo él puede expresarlo del mejor modo.

Bibliografía

ACHILLI, E.. *Práctica docente y diversidad sociocultural*, Rosario, Ediciones Homo Sapiens, 1996.

ALTAMIRANO, C. y SARLO, B. *Literatura / sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.

BERGER, P. y LUCKMANN, T. *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.

CASTORIADIS, C. *La institución imaginaria de la realidad*, Tusquets, 1983.

CASTORIADIS, C. “*Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*”, Barcelona, Editorial Gedisa, 1998.

FOUCAULT, M *La Hermenéutica del sujeto*, Madrid, La Piqueta, 1987.

FOUCAULT, M. *Microfísica del Poder*, Madrid, La Piqueta, 1980.

FOUCAULT, M. *La Arqueología del Saber*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1985.

GIDDENS, A. *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Ediciones Península, 1991.

HIDALGO, C. y TAMAGNO, L. *Etnicidad e Identidad*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.

LE BRETON, D. *Antropología del Cuerpo y Modernidad*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1995.

NUBIOLA, JAIME. *Curso de Filosofía del Lenguaje* (Selección de textos sobre WITTGENSTEIN, L. Tractatus e Investigaciones Filosóficas), Inédito, Universidad de Navarra, España, 2006.

RICOEUR, Paul. *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, S. A, 1996.

RICOEUR, Paul. *Historia y Narratividad*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1999.

ROMERO, L. A. *La identidad de los sectores populares: una aproximación histórico-cultural* en HIDALGO, C. y TAMAGNO, L. (compiladores), Buenos Aires, Centro Editor Latinoamericano, 1992.

ROMERO, L. A. *La identidad de los sectores populares: una aproximación histórico-cultural*” en HIDALGO, C. y TAMAGNO, L. (compiladores), Buenos Aires, Centro Editor Latinoamericano, 1992.

ROMO BELTRAN, R. *Las prácticas sociales y la construcción de la identidad profesional*, Universidad de Guadalajara, México, (s/f).

SVAMPA, M. *Desde Abajo*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003.

WITTGENSTEIN, L. *Philosophical Investigations*, Blackvell, Oxford, 1953.